

Heraldo de Valdepeñas

Año I Redacción y Administración, Principal, 4. 19 de Noviembre de 1899 Se publica todos los Domingos Núm. 12

Anarquía Local.

En el número décimo de este semanario terminábamos nuestro artículo «El perio-tismo en los pueblos,» con estas palabras: «Si hemos de cumplir con nuestra misión de críticos, si severos, justos é imparciales de los hechos y de las personas, nada contra éstas diremos para herirlas, pero tampoco para adularlas.» Y ahora añadimos:

Nosotros, al crear este modesto periódico, no lo hicimos con el fin de servir intereses de nadie, ni luchar por el reino de otros. Nosotros tenemos un campo más vasto, un reino más grande por el que luchamos: el de Valdepeñas, que es el reino de todos los valdepeñeros y el nuestro propio. Si esto disgusta á una ó varias fracciones políticas, á éste ó al otro individuo, y por ello nos censuran, nos combaten y perdemos suscripciones; francamente, lo sentimos, pero «HERALDO es... todo lo contrario de una asociación de bombos mútuos para casa de los padres.»

Este periódico, es enteramente independiente, y nada ha de intimidarle, ni ha de infundirle temores, para, sin buscar filigranas de lenguaje, seguir diciendo verdades tal que las merezca, ó tributando elogios al que sea digno de ellos.

Nosotros, no atacamos la personalidad, atacamos los hechos, sin herir ni molestar á nadie, sin causar el más leve perjuicio. Nosotros nos hemos impuesto el deber de decir al pueblo la realidad de las cosas, y por nada ni por nadie retrocederemos en nuestra noble y desinteresada empresa. Mas si á tan grande sacrificio, á tan impropio trabajo, el pueblo contesta con piruetas de clowns y risotadas de necio, nos encogeremos de hombros y filosóficamente le diremos:—Pueblo que esto hace, pueblo que así obra, está irremisiblemente perdido; es un esclavo y merece el salvajato de los despotas y el látigo de los tiranos.

Hechas estas aclaraciones y marcados nuevamente los derroteros que nos hemos propuesto seguir, daremos una pincelada más en el inmenso cuadro de nuestra árdua y difícil tarea de críticos imparciales.

El desquiciamiento y desorden que existe en la alta administración, se ha propagado á los pueblos con todas sus funestas consecuencias, y hoy reina en ellos una verdadera anarquía, un verdadero caos. Las autoridades, preocupadas con la maldita política, no se acuerdan de las necesidades de los pueblos y relegan á profundo olvido la administración, las ordenanzas municipales, la higiene y todas las demás cosas que están encomendadas á su delicada misión, á su ineludible deber.

¿Acaso Valdepeñas está amenazado por alguna invasión extranjera ó por algún numeroso ejército de beligerantes, para que nuestras autoridades consientan que se amurallen las calles en sus confines, tapándolas como en los tiempos de la insurrección carlista? ¿En dónde se vé semejante cosa? ¿En qué pueblo del mundo se consienten tales hechos, idénticos procedimientos? ¿En dónde se tolera, que calles como la de Valbuena, Caldereros y otras, se corten para que no puedan prolongarse, ocasionando con esto inmensos perjuicios á los vecinos que en ellos habitan, á los transeúntes, que cuando menos acuerdan tienen que retroceder quinientos ó mil metros si quieren salir fuera de la población, y al pueblo en general que se vé obligado á prescindir de sus legítimas aspiraciones de ensanche, cual las leyes le conceden y cual por derecho y justicia le corresponde? ¿Es que el municipio no dispone de dos ó tres mil pesetas para pagar los terrenos que los vecinos tuvieron que ceder al fundar dichas calles? Que no haya fondos para construir un mercado, que tanta falta hace; edificios para escuelas, que tan imprescindibles son; paseos, que tanto los recomienda la higiene; lo comprendemos; pero que no haya unas cuantas miles de pesetas para

atender á una necesidad tan imperiosa, como la del ensanche de la población, ni lo comprendemos ni podemos comprenderlo. Y si así fuese, mejor fuera que se pensara en hacer economías y allegar recursos para no vernos en la triste situación en que nos encontramos.

Lo que pasa en Valdepeñas es inaudito, es escandaloso. ¿Qué se ha hecho, ni qué se hace de los puentes y cauces de la *Veguilla*? ¿A cuando se aguarda para llevar á cabo la tan urgente y necesaria obra? Ya que por otra cosa no sea, Sr. Alcalde, siquiera por humanidad, ponga los medios para que se lleve á la práctica el proyecto acordado por la Corporación Municipal, que Ud. tan dignamente preside, y no aguarde á que se efectúe la cuarta inundación, ó sea la cuarta ruina de los infelices vecinos que habitan en las orillas del fatal y devastador arroyo.

QUEJA JUSTIFICADA

Varios vecinos del arroyo la *Veguilla*, en la parte comprendida en la calle de la Virgen, se nos acercan pidiéndonos por favor llamemos la atención del Sr. Alcalde acerca de los perjuicios que se les irroga con las dilaciones en la obra de instalación del puente que ha de poner en comunicación aquella parte del pueblo con la restante.

Pero no á esto sólo se refieren sus reclamaciones; efecto de las obras hay en ese trozo estancadas aguas cuyos desprendimientos ponen en peligro la salud de aquel vecindario. Y en esta razón piden se limpie de inmundicias tan sucio lodazal, y que se ponga en condiciones higiénicas ese trozo de pueblo, digno por muchos conceptos de la atención de nuestras autoridades.

Y hay más, los vecinos contiguos al arroyo quieren que se les conceda permiso para hacer unas contramurallas en forma, para así preservar los edificios de los riesgos á que están expuestos con tan frecuentes avenidas.

Por estas razones, por que no son intereses, porque son sus vidas lo que tratan de defender, nuestros vecinos se quejan amargamente viendo el abandono que hacen los encargados de velar por el bien público de todo lo que es puramente administrativo, de lo que á nosotros nos interesa. Pues es claro, que los municipios no tienen ó no deben tener conexión ninguna con la política, y su fin es puramente local, y aquí todo se hace menos mirar por los intereses del vecindario.

El pueblo reclama mejoras, el pueblo necesita se ocupen de él con más detención que lo hacen nuestros concejales.

Quejándonos de esto decían hace poco dos de nuestros ediles, que Valdepeñas es grande, es un pueblo que necesita muchos hombres, que á ellos no se les confía ni se les encarga nada relativo al servicio público, y en una palabra, que centralizadas las atenciones municipales en un hombre sólo, era imposible que éste, aun desplegando la mayor actividad, pudiera llegar á tiempo á cuantos asuntos hay siempre pendientes en el municipio.

No es razón que nos convence, y no queremos que aparezca nuestra primera autoridad municipal cargándose con el *chopo*. Nuestros concejales deben saber los derechos que les concede la Ley Municipal y las obligaciones que se imponen aceptando el cargo, y no pueden escudarse bajo el pre-

texto de centralización, de que á ellos na la se les confía.

Aunque siempre son enojosas las comparaciones, nosotros, sin que queramos mortificar, decimos que en nuestro Ayuntamiento hemos visto hombres como don Francisco Morales, D. Sebastian Bermejo, D. Santiago Sánchez, D. José Prieto, don Antonio Laguna, D. Angel Rávila y otros que desligándose de compromisos, han hecho muchas veces que contra todo obstáculo prevalezca la razón y la justicia, orillando dificultades.

Hoy nada vemos en nuestros hombres, no hay iniciativa, no hay nada, todos marchando á compás siguen la táctica de mañana, y el mañana no llega nunca. Nuestro municipio, como el Gobierno de la nación, sigue al pie de la letra el significado de los versos de Lope de Vega que parodiamos:

«Yo soy necio y lo tolera, es justo
ha para darle gusto.»

Pocas Palabras

Como decía en mi tercer artículo *De Aguas*, tenía pensamiento de haberme ocupado hoy de lo que en mi humilde juicio debe exigir el Ayuntamiento al Sr. Elola ó cualquier otro señor que pretenda traer aguas potables á Valdepeñas, pero noticioso de que la Comisión nombrada por la Corporación municipal, ha dado dictamen desechando la proposición, cuyo dictamen probablemente coincidirá en muchos puntos con mis ideas, aplazo trabajo hasta conocer el expresado documento, que supongo esté á estas fechas aprobado por el concejo.

Sólo un escrúpulo de conciencia me hizo, al empezar estos trabajos, ocultar mi nombre, firmando *Un Infusorio*. La causa de él, los lectores que hayan seguido mis artículos, desde el primero, fácilmente lo adivinarían.

Hoy, que en contra de mis deseos, ha dejado de ser secreto para bastantes personas el verdadero nombre de *Un Infusorio*, no hay razón, ni es justo, que siga siéndolo para los lectores del HERALDO. Además así se demostrará al Sr. Elola que no he tenido intervención alguna en las negociaciones oficiales de su proposición.

JUAN JOSE LASALA Y MERLO

LA REGENERACION

El joven Vizconde de A. duerme tranquilamente. Un viejo, de patillas blancas, se acerca, le contempla un momento sonriendo, y abre seguidamente las hojas del balcón. El hermoso sol de Mayo entra iluminando la alcoba elegantísima. El Vizconde despierta y se incorpora.

—Perico, ¿qué haces?... qué hora es?

—Señorito (con gran seriedad), han [dado las nueve...

—Perico; empiezas á chiflarte. Esto me molesta mucho, ¿qué diablos de horas son estas?

—Recuerde el señorito que anoche me encargó llamarle á las ocho. Ya sabía yo que le molestaría.

—¿A las ocho? (recordando.) Ah, sí en efecto, á las ocho, á las ocho te dije.

—A mí me pareció muy temprano; como el señorito vino tarde anoche.

—Pues nó, no es temprano, Perico (desperanzándose.) ¡Ah! tú no sabes que es preciso regenerarnos... (Pedro sonr.) Yo empiezo desde hoy mi regeneración.

—El señor Vizconde va á levantarse todos los días á las ocho?

—Sí, sí; á las ocho, á las ocho precisamente.

—Se va á aburrir el señorito hasta la hora del almuerzo.

—Cómo aburrir... trabajaré, Perico, trabajaré. En esto, precisamente, consiste la regeneración. Trabajaré yo y trabajaremos todos, todos. Ya verás, ya verás como nos regeneramos. ¿Has aireado mi despacho?

—Todos los días, señorito. Ayer trajeron el portfolio grande, aquél que el señorito mandó encuadernar, y lo he colocado abierto, sobre el varguño. ¿Le parece bien al señorito?

—Muy bien, Perico, á tí no hay necesidad de regenerarte. ¿Ha venido Azpuzua?

—D. Luis nunca viene hasta pasado el almuerzo.

—Hace mal, Perico; á mi secretario hay que regenerarle también. Dame el jaique... y las babuchas... mira cierra una poco esa hoja de la derecha... esa... y acércame la fumadora... Debe hacer buen día.

—Hermoso. ¿Va á vestirse el señorito?

—Nó; voy á tomar aquí el desayuno... Oye, ¿la señorita se acostó anoche después del Real?

—Sí, señor.

—Pues ve y llama á Matilde.

—Ha de venir aquí?

—Nó; se me olvidaba que es preciso regenerarse. Prevénle que diga á la señorita que esta mañana la acompañe á comprar; ¿qué tal Perico? me regenero ó nó?

—Me parece muy bien, señorito.

—Acerca esa mesita... así; ahora me traes el té. Ya sabes que tú mismo has de hacerme las tostadas... El cocinero es un imbécil que no me ha entendido aún... Anda, Perico... ¡Ah!... y prepara el baño. (pausa.)

Pues sí señor, sí, yo me regenero de esta hecha, Me ha convencido la prensa, que es el eco de la nación, como dice Buendía. Hay que trabajar, ya lo dijo el clásico, *qui non laborat...* no recuerdo qué, pero ello es que así no podemos seguir. Anoche perdí seis mil pesetas. Luisilla me está comiendo por los pies. Los caballos me cuestan un ojo de la cara... Nada, nada la nación quiere que nos regeneremos, y el no hacerlo sería sentar plaza de antipatriota. Voy hacer un viaje á Andalucía. Mis bodegas del Puerto no me producen nada. Unos de estos días me voy con Azpuzua... (pensando.) Uno de estos días no podrá ser... y la partida de caza en Peña-lisa... iré después de la partida, todo es dudar la regeneración... Pero no... tampoco puedo... tengo que acompañar á mi mujer á Biarritz... ¡diablo de baños! Iremos este invierno. (Entra Pedro.) Ya estás aquí... Pregunta españolísima; también hay que regenerar la lengua. Deja aquí la bandeja... (El Vizconde come. Pausa larga.) Oye, Perico... He pensado desacerme del sociable y de los caballos tordos, ¿qué te parece?

—El señorito va á venderlo?

—Sí; ¿no hago bien? Con el landeau, el clarens de la señorita y mi charrette, tenemos bastante.

—La señorita tendrá un verdadero pesar, ahora precisamenre ha mandado engancharlos.

—¡Diablos! es verdad? y como le doy yo ese disgusto? Mira, venderemos la charrette; después de todo... pero nó; la charrette la necesito, ya ves que el landeau es imposible, y del clarens de la señorita no habíamos... Es una contrariedad esto. (El Vizconde termina el desayuno y se limpia pausadamente.) ¡Ah! Pues yo he de regenerarme por algún sitio. Estoy por despedir á dos jardineros? si no fuera porque están arreglándose el parterre... Oye, oye, ya he cogido la regeneración. El año que viene no me abono al Real ni á los Lunes.

—Ya mudará de modo de pensar el señorito.

—Nó, no mudaré, Perico. Tú no me conoces, soy inflexible. Además voy á vender el frontón. Esto no me produce más que disgustos. Compraré papel. Estoy decidido á trabajar. *Qui non laborat...* ¿No sabes latín. Perico?

—El señor Vizconde está de muy buen humor esta mañana.

—Oye, oye, y á tí que te parecería si alquilásemos este verano el hotelito de la Concha. ¡Ya ves, no vamos!... (sonrisa de Pedro.) ¿Por qué te ríes?... Sí; resulta un tanto ridículo, y además nos estro-